

El árbol de la caridad en Catalina de Siena

Cándido Aniz

Presentación

Doctrina espiritual

Santa Catalina de Siena (1347-1380) no fue una mujer universitaria, y mucho menos una catedrática caracterizada por el alto vuelo de su especulación filosófica, teológica o política. Es más bien una discípula de la verdad revelada en Cristo; verdad que abrazó ardientemente y asimiló con profunda humildad en la medida en que la iba percibiendo de labios de los maestros de la predicación y la iba meditando, gustando y saboreando en el retiro de su celda interior.

Niña poderosamente dotada en sus facultades de intuición, memoria, imaginación y fantasía, se sirvió de ellas en alto grado, y cultivó, además, sus dotes de comunicadora, y acabó siendo una maestra en comunicación didáctica espiritual, sobre todo a través de imágenes, sin que se pueda hablar de una expositora sistemática .Y entre las imágenes, Catalina concede especial relieve a la del árbol.

Así, por ejemplo, gusta de presentar a Dios Creador y a Jesucristo como *árboles de vida* y como *árboles cargados de frutos sabrosos*; a Cristo como *injertado en el árbol de la cruz*; al alma, como *árbol de amor*; a la vida de pecado, como *árbol de muerte*, y a la vida en gracia, como *árbol de caridad* .

En ese contexto religioso-literario, aquí vamos a considerar y reflexionar en cinco fragmentos el sentido que tiene en la teología espiritual, según santa Catalina, el *árbol de la caridad*.

Comenzaremos anticipando que en las *Cartas* y *Diálogo* de santa Catalina hay que distinguir la imagen del árbol como *parábola* y como *alegoría*, y acabaremos escalando por el árbol hasta la copa o cumbre de perfección.

Las citas que van en el texto se refieren al DIÁLOGO (D) y a las CARTAS (C) a su número o párrafo.

1. El árbol como parábola

1.1. Parábola y alegoría del árbol.

En ocasiones es difícil precisar si un relato sobre el árbol de la caridad o de la virtud se ha construido con valor de parábola o de alegoría, pero, en teoría al menos, conviene señalar algún rasgo diferencial de una y otra figura literaria.

Habitualmente entenderemos por *parábola* la utilización didáctica de la imagen del árbol y su entorno como un *conjunto de elementos* que globalmente, unidos entre sí, representan y simbolizan otro *conjunto*, el de la doctrina y vida espiritual.

Y entenderemos por *alegoría* la utilización didáctica de otro conjunto similar, pero en el que cada elemento de la alegoría se aplica expresamente a otro elemento de su respectivo representado, al modo, por ejemplo, como Jesús -en la famosa alegoría evangélica de *La Vid y los sarmientos*- aplicaba el elemento *Vid/tronco* a *Cristo*, el elemento *sarmientos* a *nosotros*, y el elemento *savia* a la *gracia*.

1.2. El árbol como parábola en los escritos de Santa Catalina.

Una referencia importante al *árbol de la caridad o del amor* -como parábola- es la que un discípulo y confesor de Catalina, Caffarini, tomó de labios de su dirigida, cuando la santa le reveló una de sus visiones imaginarias, muy parecida a la parábola evangélica del *Sembrador y la semilla*.

"Un día, después de haber recibido el santo hábito de Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo, quedó Catalina pensando, con doloroso espanto, el gran número de hombres... que siguen los engaños del mundo..."

Mientras así se ocupaba en tan tristes pensamientos, nuestro Señor... le presentó la siguiente visión:

Era un árbol más grande y más hermoso que todos los árboles de la tierra. De sus ramas pendían muchos frutos que encantaban a la vista con su hermosura y al gusto con su suavidad. Mas, ¡ay!, el tronco era muy alto, las zarzas punzantes que lo cercaban hacían difícil el acceso a él, y no era posible coger los frutos sin pasar por encima de aquellas malezas.

No lejos del árbol había una colina cubierta de espigas de trigo; pero las espigas no tenían grano, y, apenas se tocaban, caían hechas polvo.

Muchas personas se dirigían al árbol, atraídas por la hermosura de los frutos, pero el temor de las espinas las contenía y hacía retroceder, y entonces corrían a la colina y comían presurosas de aquel trigo; pero este alimento, engañoso e inmundo, las debilitaba y ponía enfermas.

Venían luego otras personas tan hambrientas como las primeras, pero más valerosas. Estas no temían las espinas y se abrían camino hasta el pie del árbol, mas cuando veían la elevación de las ramas y la dificultad de alcanzarlas, perdían la esperanza e iban también a la próxima colina a comer aquel grano, el cual consumía sus fuerzas y salud.

Otras, por fin, venían con más ánimo, sin temer las espinas ni el trabajo de subir a las ramas del árbol; y cuando llegaban arriba cogían y saboreaban con entera libertad aquella fruta tan deliciosa que los nutría y fortalecía más que alimento alguno" (Vida, apéndice).

La explicación de esta parábola se la dio a la santa el mismo Espíritu:

"El árbol... es el Verbo Encarnado...; la colina, un terreno estéril que muchos desgraciados cultivan...; los primeros en contemplar el árbol, los que miraron y se fueron por temor..., son los que tienen horror al padecer; los segundos..., son los que comienzan con fervor, pero luego se dejan vencer por el fastidio...; los terceros, son los que permanecen fieles a la Verdad" (L.c.).

La imagen de este árbol, con su fuerza de escena biográfica, reaparecerá en Catalina cuando escriba EL DIÁLOGO, y a él dedicará el párrafo 44 del mismo, añadiendo algunas matizaciones nuevas, propias de su estado de ánimo. Estas son las palabras que la santa pone en labios del Señor :

"Recuerda que entonces me presenté a ti en figura de árbol, del que no se veía el principio y el fin, pero sí la raíz, hundida en la tierra de vuestra humanidad. Al pie del árbol, si te acuerdas bien, había algunos espinos.

De ese árbol se alejaban todos los que **amaban los sentidos**. Corrían a un campo de trigo sin grano, pero en el que se figuraban todos los placeres y goces del mundo. Aquel trigal parecía tener grano, pero no era así. Por eso, como viste, muchas almas perecían de hambre, y muchos, al conocer el engaño del mundo, volvían al árbol y pisaban los espinos, es decir, la **propia deliberación de la voluntad**. Esta deliberación, antes de que sea tomada, es una espina que le parece encontrar en el camino de la verdad. Siempre hay tensión: de un lado, la conciencia; del otro, los sentidos. Pero en cuanto la voluntad toma decisiones con energía, diciendo con odio y desprecio del pecado "**Quiero seguir a Cristo crucificado**", súbitamente se rompe el espino, y se halla una dulzura inestimable, como entonces te mostré; para unos mayor, para otros menor, según su disposición y solicitud

Sabes que entonces te dije: "Yo soy vuestro Dios inmutable, que no cambio; Yo no rehuyo a ninguna criatura que quiera venir a mí".

El mensaje de conjunto comunicado en esta parábola cabe expresarlo en cuatro puntos:

1. Hay un proyecto de perfección espiritual que consiste en alcanzar la vida en Dios, llegando desde el suelo a la cumbre de la unión con Él.
2. La realización de ese proyecto supone enfrentarse con la vida, salpicada de dificultades o espinas, y es precisa una decisión valiente y mantenida para ponerse al pie del árbol, que es Cristo, y elevarse hasta su corazón.

3. La elevación supone desprendimiento del mundo, de los sentidos, de los intereses, para unirse totalmente a su santa voluntad.
4. En la cumbre del desposeimiento de nosotros mismos, y del amor ofrecido a solo Dios, se consuma la unión mística que trasciende todas nuestras fuerzas.

2. Fuentes, tierra y jardín donde se planta el árbol

2.1. Referencias documentales e ideas básicas.

La alegoría del árbol de la caridad se encuentra principalmente en la Carta 113, pequeño tratado de la caridad que Catalina remitió a la condesa Benedicta el año 1377; y que posteriormente utilizó también en *EL DIÁLOGO, sobre todo en los párrafos 9-10*.

En la Carta 113 exponía Catalina a Benedicta varios puntos sobre la visión del hombre como árbol de amor...:

1. "¡Oh carísima hija! ¿No ves que somos **árbol de amor** por estar creados por el amor?.
2. *Ese árbol está tan bien hecho que nadie puede impedir su crecimiento ni privarle del fruto, si él no quiere...*
3. *Su cultivador, el libre albedrío, es quien procede a la **plantación** del árbol cuando el entendimiento ha conocido **el lugar y la tierra** en que debe ponerse para que produzca frutos de vida...*
4. *Ese árbol debe plantarse en la **tierra de la humildad**; no en el monte de la soberbia sino en el valle de la humildad..*
5. *De este árbol Dios quiere para sí las **flores de la gloria**, a saber, que demos gloria y alabanza a su nombre. Y deja para nosotros el fruto (virtudes), porque nosotros lo necesitamos, mientras que a Él nada le hace falta...*
6. *La tierra donde se planta es la verdadera humildad, como se ha dicho, y su **campo** es el jardín cercado del **conocimiento de sí mismo**...*
7. *Cuando la **copa del árbol**, o sea, el **afecto** que sigue al entendimiento, ha conocido el fin, Cristo crucificado, y la profundidad del ardor de su caridad, ese afecto queda unido a Él, y con el amor atrae hacia sí el amor...*
8. *El árbol, si no está saturado de rocío y de lluvia, se seca por los calores del sol, y no produce frutos... En cambio, cuando el árbol ha crecido, extiende sus ramas ofreciendo los frutos a su prójimo...*
9. *Para que el árbol plantado en el valle de la humildad no pueda ser dañado por los vientos, tú has de ser humilde y mansa de corazón".*

Ese precioso ramillete de ideas sobre doctrina espiritual, de la Carta 113, explayado en torno a la imagen del árbol de la caridad o amor, es el que luego mueve a Catalina, por doquier, a dar nuevas pinceladas en el retablo del amor, de la caridad, de búsqueda de perfección, repitiéndose sin escrupulo porque la verdad vale la pena subrayarla.

Nos serviremos de algunas de esas referencias complementarias para desarrollar el boceto del árbol, comenzando por un párrafo escrito al maestro pintor Andrés de Vanni en 1379:

"Os escribo... con el deseo de veros firme y perseverante en la virtud,

no como hoja al viento sino como árbol plantado en lo profundo de la tierra de la humildad, a fin de que el viento de la soberbia no pueda hacer daño al árbol de vuestra alma. Ella es árbol de amor por estar creada por el amor...

Hay vientos que entran en el corazón del hombre y salen por la boca. Son las murmuraciones, injurias, escarnios y villanías de palabras y de obra. Esos vientos hacen caer al árbol en la impaciencia, rompen las ramas de las otras virtudes y dan con él en tierra si no se le apuntala con el amor a Dios y la dilección al prójimo...

Si el árbol estuviera en el valle, entre montes, no le sucedería eso, porque los vientos no azotarían sino a los montes... ¡Qué glorioso es este árbol de nuestra alma cuando se halla tan dulcemente plantado! Porque se asemeja a la humildad del inoculado Cordero...! (C 363)

Proseguimos descubriendo esos mismos pensamientos en el libro EL DIÁLOGO con dos apuntes sobre el *círculo del amor* como tierra fecunda y el *conocimiento de sí mismo* como campo o jardín de la humildad

1º. Comparación del árbol vegetal con el árbol de virtud.

Así como el árbol vegetal se ha de plantar en el círculo de tierra fecunda, así el árbol de la virtud se planta en el círculo del amor, pues, sin amor no hay vida ni camino de perfección.

"Imagínate -dice el Señor a Catalina- una tierra cercada, e imagínate que en su centro brota un árbol, con un retoño lateral unido a él.

Ese árbol se nutre de la tierra contenida en la anchura del círculo. Si estuviese fuera de ese cerco de tierra, moriría, y no daría fruto, hasta que fuese plantado en él.

Pues, de modo semejante, piensa que el árbol de la virtud sólo nace en el círculo del amor, y que por ello no puede vivir sino del amor" (D 10).

2º. Árbol de virtud y jardín del conocimiento humilde de sí mismo.

El árbol de la virtud, se nos ha dicho, no brota sino en el círculo del amor, que es tierra fecunda. Ahora añade la santa que ese árbol de amor se cultiva en el campo-jardín-círculo del conocimiento de sí mismo; y que este conocimiento -para ser verdadero- se obtiene solamente en tierra-disposición de humildad.

"El alma -son palabras en boca del Señor- si no tiene amor divino de verdadera y perfecta caridad no produce frutos de vida sino de muerte.

Por tanto, es necesario que la **raíz** de este árbol de virtud, es decir, el **afecto del alma**, esté y brote del círculo del verdadero **conocimiento de sí**, conocimiento que está unido en Mí, que no tengo principio ni fin, como sucede con el círculo, en el cual, si vas dando vueltas dentro de él, no encuentras ni fin ni principio, y sin embargo siempre te hallas en su interior.

A su vez, este **conocimiento {que el hombre tiene} de sí, y de mí en él**, se encuentra y se da en la **tierra de la humildad**, la cual es tan grande como lo es la amplitud del círculo, esto es, del conocimiento que el alma ha tenido de sí por la unión conmigo.

De otra forma no sería círculo sin principio, sino que tendría principio al haber comenzado a conocerse a sí mismo, y acabaría en la confusión si este conocimiento no estuviese unido a mí" (D 10)

2.2. Síntesis y ordenación de ideas.

Si ordenamos todas esas ideas expuestas o sugeridas por Catalina, tenemos el cuadro siguiente:

-El árbol de la caridad, que se expande como camino y vida de perfección, sólo brota cuando el alma, recogida en su celda interior y abandonado todo interés por las cosas exteriores, conoce *la propia nada* y se pone ante *El que lo es todo*.

-Esa actitud consciente y sincera, reconocida y agradecida, es como tierra de humildad que se cultiva en el valle profundo, resguardada de vientos y tentaciones perturbadoras. Sin esa condición humilde, no hay camino espiritual.

-Esa tierra de humildad no es tierra de ficciones o pusilanimidades cobardes; es tierra de la verdad, de la autenticidad, del real reconocimiento de la propia pequeñez ante Dios que lo es todo. Somos lo que somos y como somos: Criaturas, obra de amor, en manos del Amor que nos convoca y anima.

-Catalina repite mil veces que el origen de la humildad es el verdadero conocimiento de sí mismo en la nada que somos cada uno, pero hallándonos en las poderosas manos de Dios Amor.

-Actitud propia de quien se encuentra a sí mismo *como una nada* ante *El que es*, es la de proponerse corresponder *Al que es* despojándose de todo aquello que conlleva pecado y desdibuja su imagen de *hijo*, y poniéndose a disposición de su *divina voluntad*. Ahí emergen con fuerza el tronco, tallos, ramos del árbol.

2.3. Humildad y caridad en la base y vida del árbol de la virtud.

La Humildad, ama y nodriza de la caridad. La caridad, manto de la humildad.

En la germinación y desarrollo del árbol de la virtud, la humildad y la caridad se abrazan, dice Catalina. Si se cultiva el espíritu de humildad, esta virtud se convierte en tierra nutricia de la caridad, y nos manda contemplar el *árbol de la cruz* donde Cristo, injertado por amor, se anonada y ama. Y no nos basta conocer sus sufrimientos en valle de humildad; hemos de percibir que el motivo de su profundo de su saber sufrir es el amor, un amor sin límites. Se humilla y sufre, porque ama.

Entendamos, pues, que ese es también el orden de nuestras virtudes, en camino de perfección: amar y amar para saber anonadarse y saber sufrir. Caridad reinando y abrazando a la humildad. *La humildad es grande y tan grande como lo es la caridad-amor.*

Pero, a su vez, añadiría la santa, la caridad sincera debe encontrar en la humildad a su "ama y nodriza", pues ella riega y nutre de algún modo el árbol del amor.

Es muy bello observar en la espiritualidad cataliniana ese acción recíproca entre las dos virtudes: *ni hay humildad sin caridad* (porque sería ficción de virtud) *ni caridad sin humildad* (porque sería falsa virtud).

En el árbol de la virtud -o de la santidad del alma- es tan importante esta radicación de todo el edificio en el abrazo de caridad/humildad, Catalina parece exigirnos que espiguemos en sus escritos algunas frases alusivas a su necesidad, papel y mutua dependencia:

Lección de Cristo en la cruz.

"*El costado de Cristo manifiesta los secretos del corazón: qué es lo que Él ha hecho por nosotros, qué nos ha dado, y cómo todo lo ha realizado por amor.*

Y en él se descubre la verdadera y profunda humildad, que es el aceite que alimenta el fuego y la luz del corazón de la esposa de Cristo... Esta humildad confunde a toda soberbia, deleites y grandezas del mundo. Es la pequeña virtud que es ama y nodriza de la caridad..." (C 112).

Coraza de humildad, manto de caridad

"*No quiero que estéis sin armas sino que tengáis las del buen Pablo, que fue hombre como vos, es decir, que tengáis la coraza de la verdadera y profunda humildad, manto de la ardentísima caridad. Como la coraza está unida al manto, y éste a la coraza, así la humildad es ama y nodriza de la caridad y está alimentada por la caridad*" (C 159).

Caridad ungida por la humildad.

"*La divina caridad... es un fuego que arde y no consume, es decir, no aflige ni reseca al alma sino que la hace más tierna y, al ungirla con la verdadera y perfecta humildad, la*

cual es ama y nodriza de la caridad, destruye todo amor propio espiritual y temporal y cualquier cosa que se hallare fuera de la dulce voluntad de Dios" (C 265)

La caridad encuentra a su ama.

"El alma... esquiva y se aparta del mundo con todos sus deleites. De la paciencia nace una corriente de humildad, que es el ama y nodriza de la caridad. Sufre con gran paciencia, porque la caridad, amor inefable, ha encontrado a su ama, es decir, a la humildad, y al criado, que es el siervo del odio a sí misma, el cual por amor la sirve con perfecta paciencia" (C 95)

Caridad madre, humildad nodriza.

"La caridad es la madre dulcísima que tiene por nodriza a la profunda humildad y alimenta a todos los hijos de las virtudes. Ninguna de ellas puede tener vida si no es concebida y alumbrada por esta madre, la caridad"(C 88)

3. Discreción o discernimiento, retoño del árbol de la caridad

3.1. La discreción o discernimiento, retoño de la caridad, en servicio de prudencia y sabiduría.

En el árbol de la caridad o del amor, plantado en tierra de humildad y alimentado por ésta, brota un *retoño*. En el lenguaje de Catalina este retoño es la *discreción*, que hoy llamamos *discernimiento* en el bien obrar, movidos por el amor e iluminados por la razón y la fe.

Para apreciar lo que es esta discreción o discernimiento en el árbol cataliniano de la virtud, caridad, hay que situarlo en su contexto.

Catalina, tratando del orden jerárquico de elementos en el vivir virtuoso, enseña que en el alma buena es más valioso ejercitar las "*virtudes interiores*", como la "*discreción*", que cuidar de otros actos externos de "*variadas penitencias*", pues "*si el alma no hiciese la penitencia con discreción, esto es, si pusiese su afecto principalmente en la penitencia misma, esto impediría su perfección*" (D 9).

Cualquier obrar del alma, sin discreción, no es obrar virtuoso, recto; no es -dice el Señor- "*obrar a la luz del conocimiento de sí misma y de la Bondad divina, y no se acomoda a la divina verdad sino que se hace sin lucidez, sin amar lo que Yo amo, sin odiar lo que Yo odio*". Discreción, en efecto, no es otra cosa que el verdadero conocimiento que el alma debe tener de sí y de Dios; y en este conocimiento tiene sus raíces. *Ella es un hijo injertado y unido con la caridad*" (L. c.)

Hay que obrar, por tanto, con claro discernimiento, para mostrar que se vive en la verdad y en el amor virtuoso, pues "*las virtudes {son las que} demuestran si la voluntad propia*

está muerta, y si se da continuamente muerte a la parte sensitiva, como consecuencia del amor" (L.c.). Y esto en cualquier estado, como se lee en EL DIÁLOGO:

"En cualquier estado en que el hombre se halle, sea señor, prelado o súbdito, si posee esta virtud, todo lo que hace y da a su prójimo lo hace con discreción y afecto de caridad, porque ellas {discreción y caridad} están ligadas e injertadas juntamente, y plantadas en la tierra de la verdadera humildad, que brota del conocimiento de sí mismo.

Cierto que {la discreción en caridad} tiene muchos hijos, como el árbol tiene muchas ramas; pero lo que da vida al árbol y a las ramas es la raíz, {es decir} que se halle plantada en la tierra de la humildad, que es el ama y nodriza de la caridad, en donde se halla injertado este hijo y árbol de la discreción.

Pues de otro modo, si {este hijo y árbol} no estuviese plantado en la humildad, no sería virtud de discreción ni produciría frutos de vida, ya que la humildad procede del conocimiento que tiene el alma de sí, y ya te dije que la discreción es un verdadero conocimiento de sí y de mi bondad, por lo cual en seguida se atribuye a cada cual lo que le es debido" (L.c.) "Por lo tanto, el árbol de la caridad se alimenta de la humildad, haciendo brotar de su interior el retoño (de la discreción), como se ha dicho" (D 9).

3.2. En tierra de humildad, el alma inflamada en caridad mira y sirve a Dios, a sí misma y al prójimo, con discreción.

El alma humilde, caritativa, se siente impulsada a hacer el bien generosamente. Iluminada por el conocimiento de la verdad de sí misma, de los hombres y de Dios, irrumpe en la vida dispuesta a dirigir el caudal de amor y servicio hacia la gloria de Dios, el perfeccionamiento de sí misma y la solicitud por el prójimo. Y para expresar esa triple expansión, que es una en realidad, Catalina utiliza el lenguaje de *tres ramas que brotan del tronco de la caridad con luz de discreción*. Lo hace principalmente en la Carta 213 a sor Daniela de Orvieto

1^a. La rama o dimensión de caridad-discreción que tiende hacia Dios, verdea y da frutos de gratitud, y hace que la persona, como árbol vivo, dé gloria y alabanza al Creador y Padre. Así lo dice bellamente santa Catalina:

"La virtud de la discreción...nace del conocimiento de nosotros mismos y de Dios... Lo principal es que, habiendo visto con la luz de la discreción a quién se es deudor y lo que se debe hacer, inmediatamente lo devuelva con perfecta discreción.

Por eso da a Dios la gloria y la alabanza de su nombre, y todas las cosas que el alma realiza las hace a esta luz, esto es, todas las realiza conforme a esa finalidad, y así devuelve a Dios el honor que le es debido. No obra como el ladrón que el honor se lo quiere atribuir a sí mismo y busca la propia honra y el placer, sin preocuparse de injurias a Dios ni de perjudicar al prójimo" (C 213).

2^a. La rama de caridad-discreción que cuida del propio sujeto personal le incita a que sepa mirarse a sí mismo, en su innegable pequeñez y pecaminosidad, y le hace reflexionar sobre los límites de lo digno y tolerable, y de lo indigno e intolerable de sus actos libres y voluntarios.

A esa luz discernidora del bien y del mal, "una vez que ha dado a Dios el debido honor, se da lo suyo a sí mismo, es decir, el odio al vicio y a los propios sentidos. ¿Cuál es la causa? El amor a la virtud, amándola en sí misma"(C 213).

Y para que el discernimiento sea muy puro, nada mejor que contemplar todas las cosas personales a la luz del amor de Dios que se expresa en la sangre de Cristo que se derrama en el madero de la cruz.

Así "a la luz de la discreción, juzga rectamente; y si se encuentra en prosperidad, la reconoce como dada por el Creador, no en razón de su virtud..., y la ama con amor ordenado, haciéndolo por Dios y poseyéndola como algo que le ha sido prestado y no como cosa propia, porque no es suya... Y si se halla en adversidad y tribulación, las recibe humildemente, con verdadera y santa paciencia, juzgándose digna de castigo en su interior...." (C 307)

3^a. La rama de la caridad-discreción que se abre al prójimo dilata el amor a los semejantes, porque son obra de Dios y Dios los ama. Sin esa extensión en el amor iluminado, el cuadro quedaría incompleto, la virtud frenada, el jardín empobrecido.

"Con la misma luz con la que se da a sí lo que se debe, se lo da a su prójimo... Amando la virtud y odiando el vicio, da el prójimo la benevolencia a que está obligado. Lo ama como a criatura creada por el sumo y eterno Padre.

Le da la dilección de la caridad, más o menos, según él mismo la posea. Este es el principal efecto de la discreción en el alma. Con la luz ha visto la deuda que debe pagar y a quién" (C 213)

4. La paciencia, médula del árbol, y sus tres ramas-potencias

4.1. Caridad, humildad, obediencia y paciencia en el árbol de la virtud.

La originalidad de Catalina en este punto radica en su asimilación del valor y función de la "paciencia" , en el seno del árbol de la virtud, al valor y función de la "médula" en el tronco del árbol vegetal: "**La médula de ese árbol, o sea, el afecto de la caridad que se halla en el alma, es la paciencia**(D 10). Es una forma de encarecer que la salud y robustez de la planta es indispensable, pero que su mantenimiento exige un enorme esfuerzo. Es fácil plantar, pero no lo es conservar al árbol de la virtud en pleno vigor,

como no lo es para el árbol del campo soportar inviernos y veranos con hielos y sequías. Ahí está precisamente su valor, al lado de la *obediencia*.

En el libro *El Diálogo*, hablando sobre la obediencia de Cristo, Verbo encarnado, a la luz de su visión de Dios, escribió Catalina, por boca del Señor:

"El amor, como virtud, no está solo, sino acompañado de todas las verdaderas y reales virtudes, ya que todas tienen vida en razón del amor de la caridad..."

Entre estas virtudes se encuentra la paciencia, que es la médula de la caridad. Ella es un signo demostrativo que hace en el alma, según esté en gracia y ame de verdad o no.

Por eso, la madre, la caridad, le ha dado {a la paciencia} por hermana a la virtud de la obediencia. Tan perfectamente unidas se hallan (obediencia y paciencia) que jamás se pierde una sin la otra; o se poseen las dos, o no se posee ninguna.

Esta virtud tiene una nodriza que la alimenta, esto es, la verdadera humildad; por lo cual, cuanto tiene de obediente tanto tiene de humilde, y cuanto tiene de humilde tanto tanto tiene de obediente. Esta humildad es el ama y nodriza de la caridad, y por eso su leche alimenta a la obediencia. Y el vestido que le da esta nodriza es envilecerse a sí misma, vestirse de oprobios, escarnios, villanías, enojo de sí mismo, para agradarme a Mí" (D 154; cfr CC 51 y 58).

Y en el mismo libro añade Catalina, por boca del Señor, poniendo de relieve el papel de la *paciencia* signo del amor perseverante en el alma que aguanta, sufre, trabaja, se vuelca en los demás, no se altera en las adversidades...:

"¡Oh queridísima hija! Esta paciencia es la reina colocada sobre la roca de la fortaleza.... Todas las virtudes pueden disfrazarse alguna vez de perfectas, siendo imperfectas; pero a ti no te pueden engañar. Si esta dulce paciencia reside en el alma, eso demuestra que en ella todas las virtudes son vivas y perfectas; y, si sucede lo contrario, pone de manifiesto que ellas son imperfectas, y que no han llegado todavía a la mesa de la santísima cruz, donde esa paciencia fue engendrada por el conocimiento de sí y el de mi bondad en ella, y donde ha nacido el aborrecimiento y ha sido ungida por la verdadera humildad" (D 95).

Así tenemos ya comprobados muchos elementos: campo o jardín del conocimiento propio de Dios, tierra de humildad, manantial de caridad, retoño de discernimiento o discreción, actitud obediente, roca de paciencia y fortaleza en el amor o bien... El árbol de la virtud puede ofrecer resistencia a las adversidades del tiempo y disponerse a crecer y fructificar. Veamos cómo son sus ramas, flores y frutos.

4.2. Desarrollo del árbol de la virtud, caridad, perfección, mediante la unión de las potencias o ramas del árbol humano creado por Dios: memoria, entendimiento, voluntad.

El alma libre, como planta bien dotada por Dios, sabe que caminar hacia su creador, y para ello pone en ejercicio todas sus facultades, sin perder nunca de vista la meta a alcanzar: la unión con Dios, la fusión de sus voluntades, la unión mística, la felicidad. Para ello cuenta siempre con el auxilio de la gracia del Señor, pero tiene que programarse de tal forma que no se equivoque de camino ni pierda de vista su objetivo final.

Para ello, tenderá siempre a mantener unidas las tres potencias que resumen sus poderes superiores de criatura sensible, pensante, responsable, fiel:

-La *memoria* que le haga recordar siempre quién es ella, los dones recibidos, el rostro del Padre y Señor que le ama y espera. Todo lo poco que es es obra de Dios que le llama. Olvidará, pues, todo lo que no sea Dios, y Dios le estará presente en todas sus acciones.

-La *inteligencia*, con la pupila de la fe, para que todo lo vea, lea, entienda, desde la mente divina que se nos ha revelado en las cosas y en Cristo. Su pensar ha de ser al modo divino, y sólo así comprenderá de algún modo la verdad de todo lo creado en la Verdad de quien es Creador, Padre, Salvador, Remunerador.

-La *voluntad* para querer solamente lo que es Voluntad de Dios y en forma en que le plazca a esa voluntad. No tendrá otro querer que el de la voluntad del Señor.

Purificar la memoria de todo lo que sean imágenes y recuerdos ajenos a Dios y su gloria, borrar de la mente cualquier tipo de comprensión de las cosas que no sea el de Dios, y amar, querer, desear, buscar, sólo aquello y todo aquello que sea del agrado de Dios, ese es el proceso de elevación del árbol de la virtud o caridad que se identifica con la gloria de Dios, el servicio a los hombres y el discreto olvido de uno mismo.

"Yo creé el alma -dice el Señor a Catalina- a mi imagen y semejanza, dándole memoria, entendimiento y voluntad. El entendimiento es la parte más noble del alma; es movido por el afecto; y el entendimiento, a su vez, alimenta el afecto. La mano del amor, esto es, el afecto,, llena la memoria del recuerdo de mí y de los beneficios recibidos. Este recuerdo la hace solícita y no negligente, la hace agradecida y no olvidadiza. De este modo, una potencia acerca a la otra, y así se alimenta el alma en la vida de la gracia.

El alma no puede vivir sin amor..., porque está hecha del amor...El afecto se alimenta del amor, abriendo la boca el santo deseo, con la que coma el odio y desprecio de los propios sentidos...

Tal es la unión de estas tres potencias del alma que no puedo ser ofendido por una sin que las otras me ofendan, porque una lleva a la otra al bien o al mal, según place al libre albedrío...Las tres simbolizan los tres estados del alma"(D 51)

5. Flores y frutos. Copa del árbol. Unión con Dios

5.1. Flores para Dios, frutos para los hombres.

Sería lastimoso que un árbol cuidadosamente plantado en el jardín del propio conocimiento, con tierra fecunda de humildad, riego de la sangre de Cristo "injertado en el árbol de la cruz", mirando al cielo con pupila de fe, no llegara a florecer en primavera y dar frutos en verano. La alegoría se desmoronaría por completo. Catalina cuenta con ello, y nos deleita describiendo las flores y los frutos de esa planta o "árbol fructífero", "árbol del verdadero y perfecto amor" (CC 156, 193, 244). Y lo hace con toda la delicadeza poética-mística propia del amor: *con flores para Dios y frutos para los hombres*.

Tomemos el texto del DIÁLOGO en el número 51: "*Este árbol tan dulcemente plantado echa flores perfumadas de virtud con muchos y variados colores. Da frutos de gracia al alma y de utilidad al prójimo, según la disposición de quien quiere recibir parte de los frutos de mis siervos. A mí -dice el Señor- me da el perfume de la gloria y la alabanza a mi nombre, y así cumple la finalidad para la que lo creé, y consigue su meta, llegar a mí, que soy vida perdurable, y no puedo ser apartado de él si él no lo quiere*" (D 10).

1º. Flores de gloria para Dios y alabanza de su nombre.

Antes de los frutos vienen las flores. Aquí se trata de que esa prioridad se dé no solo en el tiempo sino en la intención e interés. "Santificado sea tu nombre", decimos en el Padre Nuestro. Esa es la primera petición y el sentido de la flor de que hablamos. En la Carta 113 nos lo dijo claramente: "*Dios quiere la flor para sí y que el fruto sea para nosotros. De este árbol sólo quiere las flores de la gloria, a saber, que demos gloria y alabanza a su nombre. Nos da el fruto porque lo necesitamos y a Él nada le hace falta, ya que existe por sí mismo*".

¿Cómo son esas flores que Dios quiere para sí en nuestra vida y en nuestros actos? Para entenderlo, nos basta recordar el compromiso de vida con memoria, entendimiento y voluntad puestas al servicio de su Amor, de su Alabanza, del Reconocimiento de nuestra pequeñez y de su grandeza, de la Alegría de ser y sentirnos hijos tuyos, del Deseo de vivir en Él y fundirnos con Él por medio del amor.

Habríamos de poner en primer plano, a estos efectos la doctrina cataliniana del deseo, deseo de Dios, de la Verdad, de la unión, de la santidad, tal como la expone en su tratado de la *Doctrina de la perfección* en el inicio del DIÁLOGO: "*El deseo del alma unida a mí, que soy bien infinito, se satisface en proporción a la perfección del amor del que presenta la oración y el deseo*" (D 4; Cfr CC 22, 51, 107, 146).

Nuestra primera flor para Dios es el deseo de Él, de su gloria, de su conocimiento, de su alabanza. Ese deseo tiene que encarnarse luego en multitud de acciones que brotan de la voluntad sincera de estar, vivir, actuar y amar en Dios. Lo importante es que "*el alma sirva a Dios... con algo de valor infinito, a saber, con el santo deseo, el cual es infinito por la unión que ha hecho el alma con el deseo infinito de Dios y con las virtudes...*" (C 213)

Y en cuanto a fórmula declaratoria de esa voluntad de gloria y alabanza, habría que recurrir al clamor de la oración en que el alma se derrama en palabras, en emociones, en éxtasis, en efusiones místicas, paralelas al fuego de la caridad en servicio de los hermanos. Todo el libro oracional de Catalina es un jardín de flores de alabanza a la gloria del Señor Dios, en su unidad, trinidad, encarnación, redención...

2º. Frutos para los hombres.

¿Cómo habremos de entender esta expresión? La flor de gloria es para Dios. Los dones de gracia, la consolidación en la virtud, el crecimiento en fraternidad, la mutua ayuda entre los hombres, el sacrificio por caridad, la obediencia heroica, el ofrecimiento por los pobres, enfermos o marginados, y la consiguiente unión mística con el Señor, son los frutos que se adquieren subiendo al árbol de la caridad y de la cruz donde todo se hace con olvido de sí mismo y memoria de los demás porque Dios está en ellos.

Ama, y si amas, todo lo demás vendrá por añadidura. Todos los frutos derivan del amor, y la intensidad en el amor marca el tono vital de todas las cosas.

5.2. En la cumbre o copa del árbol está el nido del amor consumado.

Las raíces del árbol las pusimos en tierra de humildad y en jardín del conocimiento de sí mismo. De esas raíces y tierra fecunda brotó el árbol con sus ramas, flores y frutos., que son, en resumidas cuentas, escalas de amor, de vida, de perfección, hasta subir a la cumbre, al monte donde se dan todos los encuentros deslumbrantes, de transfiguración.

En la alegoría del árbol, la cumbre o monte de transfiguración del hombre con resplandores divinos, se representa en la copa o cima, perdiéndose entre las nubes del cielo, casi huyendo de la tierra, en atardeceres propicios a la consumación del amor.

Cuando el "afecto del alma" ha subido toda la escala del amor; cuando el amor ordenado y el deseo de infinito atraen hacia el alma "el amor ardiente de Cristo crucificado"; cuando la mirada de Dios Padre inunda de gozo lo más profundo del alma; cuando el éxtasis, el matrimonio espiritual o el cambio de corazones es el único lenguaje para hablar de amo; entonces el árbol de la caridad ha dado las flores y frutos esperados que llamamos VIDA DE PERFECCIÓN.

Desde esa altura es desde mejor se contempla el abismo de la nada, el valle de la humildad, la tierra fecunda, el brote de una planta que es un nuevo hijo de Dios con aspiraciones a vivir con Cristo hermano en las entrañas del Padre, por la gracia del Espíritu.